

UN CAMINO IRREVERSIBLE



AHORA que celebramos el sexagésimo aniversario del Tratado de Roma, me gustaría tomarme la libertad de apropiarme de aquellas palabras que Robert Schuman dejó escritas al inicio de su declaración homónima. El estadista francés vino a decir que «la paz mundial no puede salvaguardarse sin unos esfuerzos creadores equiparables a los peligros que la amenazan». ¡Qué necesarias suenan estas palabras, y qué actuales!

Alguien podrá decir que aquella declaración que, ya años antes de la firma de Tratado de Roma, puso una primera piedra de carbón y de acero en este inmenso latifundio de paz, progreso y libertad que hoy llamamos Unión Europea, tuvo lugar poco después de la Segunda Guerra Mundial, en un escenario mucho más dramático y terrible que el actual. Siendo esto cierto, yo respondería que en este caso la diferencia de épocas y escenarios no invalida la igualdad de las soluciones. Hoy, como entonces, necesitamos unos esfuerzos creadores a la altura de las amenazas que se ciernen sobre nuestras democracias. Básicamente, porque los retos que estrechan el horizonte de nuestro futuro son los más acuciantes desde el fin de la guerra fría. Ni más ni menos.

El pasado febrero tuvo lugar el 25º aniversario de la firma del Tratado de Maastrich. El muro de Berlín había caído y, con él, aquel gélido mundo bipolar. Pero ese fin de la historia al que nos veíamos venturosamente predestinados nos ha conducido, tras doblar la esquina de la crisis económica y financiera, a la vuelta a la escena de los fantasmas nacionalistas, a la multiplicación de credos populistas antieuropeos, antioccidentales o directamente racistas; a la reaparición de las tendencias aislacionistas y de las esferas geopolíticas de influencia; o a la existencia de una tiranía despiadada que pretende sustituir la libertad y la dignidad del hombre por la *Sharia* de la barbarie y el terror. Aunque todos ellos son fenómenos preocupantes, que debemos auditar con la mayor urgencia y atención, es la yihad terrorista la que con mayor peligrosidad amenaza nuestra forma de vida y nuestra civilización.

España se encuentra en situación limítrofe de la gran frontera de nuestro tiempo: la frontera sur. Al abrigo de su demarcación meridional, encontramos una temible aleación de terrorismo, criminalidad y tráfico de seres humanos que se aprovecha del

subdesarrollo endémico, de la presión demográfica y de la débil institucionalización de los países que forman el cinturón del Sahel. Estas redes terroristas, cuyas guaridas se esconden en la franja desértica sahariana contigua a nuestros países vecinos del Magreb, región con la que compartimos lindes territoriales, tienen a Europa, y a España dentro de ella, entre sus principales objetivos. Con sus nuevas armas, tanto físicas como cibernéticas, y sus nuevos rostros, más irracionales y fanáticos que nunca, el terrorismo yihadista ha trastocado los marcos de entendimiento sobre los que se basaba nuestra tradicional concepción de la seguridad y la defensa.

Nuestros esfuerzos, por lo tanto, deben ser equiparables a estas nuevas amenazas. En este escenario, la Unión Europea avanza, de forma incipiente aún pero irreversible, hacia una Europa de la Seguridad y la Defensa.

Este mes de marzo, y como primera aplicación de la Estrategia Global de la Unión Europea en el Área de la Seguridad y la Defensa, hemos puesto en marcha la capacidad permanente de planeamiento y conducción de misiones militares no ejecutivas de la UE. Hablamos de nuestras misiones en Malí, República Centroafricana y Somalia. Esta estructura, bautizada ya por los observadores como el embrión de un cuartel general conjunto, viene a cubrir lo que era una carencia a nivel estratégico en la capacidad de mando y control de la UE.

Como ministra de Defensa me felicito por ello, ya que España se ha distinguido por ser uno de los destacados impulsores de una estructura cuya ambición final es planear y conducir a medio plazo todas las actividades militares de la Política Común de Seguridad y Defensa.

Querría destacar el prometedor alcance de otra iniciativa que, sin estar aún aprobada, se encuentra en fase avanzada de discusión. Me refiero a la Cooperación Estructurada Permanente, que también tiene a nuestro país entre sus grandes valedores y que va a marcar un antes y un después en la construcción de la Europa de la Defensa. Gracias a este mecanismo, contemplado en los tratados europeos, podremos configurar un



España quiere ser protagonista activo en una dimensión europea de seguridad y defensa fortalecida

núcleo de países que, de forma voluntaria, avancen con mayor velocidad en el proceso de integración de las capacidades.

España quiere estar ahí, porque tenemos un compromiso ambicioso con la autonomía estratégica de Europa. Queremos dar un paso hacia adelante y ser protagonistas activos en una dimensión europea de seguridad y defensa fortalecida. Ésta no solo contribuirá a que España y nuestro entorno euroatlántico sean más seguros y más prósperos, sino que también fortalecerá a la OTAN. Porque ambas organizaciones están felizmente destinadas a cooperar desde la complementariedad y la autonomía de decisión de cada una.

La OTAN ha empezado a ser plenamente consciente de este gran desafío de nítidos contornos en nuestra frontera sur. En febrero, gracias al impulso político de cuatro países europeos (España, Francia, Italia y Portugal), los ministros de Defensa de la Alianza Atlántica convenimos en dar un impulso a la estrategia aprobada un año antes en Varsovia, e implementar una serie de acciones englobadas en la así llamada proyección de estabilidad para el sur. Fue un decidido avance que nos va a permitir una aproximación mucho más compatible a nuestra visión política del problema, y más ajustada a las demandas de unos países, en el Magreb y en el Sahel, a los que debemos ayudar sin reservas con las grandes palancas de la seguridad y la cooperación.

El compromiso español por el multilateralismo está fuera de toda duda. España es hoy uno de los más firmes anclajes de la UE y de la OTAN, y uno de los países europeos que mayor esfuerzo de contribución realiza a las misiones internacionales en relación a su gasto total de defensa. Y el Gobierno se ha comprometido a avanzar en la senda de convergencia con los objetivos presupuestarios definidos por la Alianza Atlántica en la Cumbre de Cardiff de 2014 y, posteriormente, por el Parlamento Europeo en noviembre de 2016.

Uno de los principales objetivos del Ministerio de Defensa para esta legislatura es lograr el consenso necesario para dotar a las Fuerzas Armadas de una ley que asegure una es-

tabilidad presupuestaria a largo plazo y que nos permita una planificación eficiente de las necesidades, tanto de materiales como de personal.

Estas necesidades de carácter presupuestario nos van a exigir una mejor difusión de la cultura de la defensa en la sociedad española. He asumido esta tarea como otro de los objetivos capitales del Ministerio para esta legislatura. Es mi labor convencer a la sociedad española de que no hay inversión más segura que la inversión en nuestra seguridad. Un Estado ha de contar con las capacidades necesarias para proteger la vida y la libertad de sus conciudadanos, para minimizar al máximo los riesgos a la seguridad. Si por falta de medios, o por cualquier otra razón, un Estado es incapaz de interponer un escudo protector entre su libertad y los enemigos de la condición humana, de poco servirá todo lo demás.

Es verdad que todos los países amigos, socios y aliados nos hemos comprometido a llegar a ese 2 por 100 del gasto en defensa, y lo haremos. Pero de poco nos servirá si no llenamos el 98 por 100 restante con un rearme armamentístico de valores. Nos enfrentamos a una nueva ideología totalitaria, a una teocracia de odio, intolerancia y terror. Por cada concesión que hacemos al miedo, más crece la amenaza, porque la única manera de apaciguar a una fiera es dejarse devorar por ella.

Frente al terrorismo, pero también frente a cualquier otra amenaza a nuestras democracias, no basta con una estrategia defensiva; tenemos que autoafirmarnos en los principios sobre cuyos hombros hemos coronado la cima de la civilización. No nos limitamos a vivir en una democracia, ¡nosotros somos democracia!

Los derechos y libertades fundamentales, el Estado de Derecho y la dignidad del hombre nunca deben retroceder por detrás de la línea roja de su legitimación.

Extracto de la conferencia pronunciada el 9 de marzo de 2017 en el Club Siglo XXI